

LA EUROPA CRISTIANA

POR

EMILIO DURÁN CORSANEGO

Mucha tinta se está vertiendo —y todavía la que seguirá— acerca del llamado “Proyecto de Tratado por el que se instituye un «CONSTITUCIÓN PARA EUROPA», abreviadamente “Constitución Euro-pea”, presentado por la Convención Europea al Presidente del Consejo Europeo de Roma, el 18 de julio de 2003, tras haber sido entregadas sus Partes I y II al Consejo Europeo, reunido en Salónica el 20 de junio anterior. Y de un modo especial, dentro de su Preámbulo, se cuestiona su referencia a las “raíces” de la Unión, sobre cuyo asunto se manifiestan posiciones a favor y en contra.

Se logró, tímidamente, que entre “las herencias culturales y humanísticas de Europa” se incluyan las “religiosas”, sin otra referencia. Pues este pequeño logro ha sido suficiente para desatar una campaña del más rancio estilo anticlerical, que confunde el deseo con la realidad, llegando a desviar la historia hacia soñadas sendas imaginadas, y a negar el pasado cristiano de Europa para afirmar el futuro laico sobre el que se quiere proyectar su desarrollo ulterior.

Existen una indudable aportación artística cristiana a Europa de toda clase de obras: arquitectónicas, plásticas, musicales, literarias, etc. El Cristianismo no solo es *raíz* de nuestra cultura, sino *fuentes* de toda vida cultural auténtica que deseamos llevar en el futuro.

La pretensión de que en el citado Preámbulo, no en el artículo, se haga una mención a los cimientos cristianos de Europa, es tarea más de historiadores que de políticos, dejando para

éstos la redacción del texto constitucional. Y los primeros no dejarán de proclamar la presencia cristiana desde el medioevo, con inmensas aportaciones de la antigüedad, y gracias a la cual han llegado a nuestros días. La Iglesia transmitió a los pueblos de Occidente el Cristianismo y también la cultura antigua. Catedrales, Basílicas, Monasterios, Abadías, Santuarios, Conventos, Ermitas y Parroquias. Órdenes y Congregaciones religiosas. Al filo del año 500, San Remigio convierte al rey franco Clodoveo, que abraza el Cristianismo con sus tres mil soldados. El abad Pacomio, San Galo (Saint Gall), San Columbano, San Mauricio (Saint Moritz). El inglés San Bonifacio y el franco Carlomagno, coronado Emperador en la Navidad del año 800 en Roma por el Papa León III, que le hizo entrega del oriflama o estandarte de San Pedro de Roma; y habría de ser el padrino de Wedukind, el héroe nacional de los germanos cuando éste se hizo cristiano. Aquí y ahora nace Europa, la que se trata de dotar de un texto constitucional. El monacato. Cluny y el Císter. Juglares y trovadores. El Cid, las Cruzadas y los Caminos de Santiago, los gremios, las universidades, ... revelan la fuerza civilizadora u unificadora de la Iglesia, la fuerza sustancial que vivifica a Europa. San Benito de Nursia, San Bernardo, San Anselmo de Canterbury, San Benito de Aniano, San Alberto el Grande y Santo Tomás... San Martín de Braga, Beda el Venerable, Parmesio, San Gregorio Magno... Santa Brígida y Santa Isabel... San Wenceslao en Bohemia y sus copatroños San Procopio, San Adalberto, Santa Ludmila y Santa Inés... San Casimiro en Polonia, San Adalberto en Praga, San Vladimír en Ucrania, San Esteban en Hungría, San Olaf en Noruega, San Eduardo en Inglaterra, San Canuto en Dinamarca... El estilo románico y el gótico, cuya simbiosis labra el perfil de Europa. Miles de huellas cristianas a lo largo y a lo ancho de la geografía europea. Los que Chesterton llama los "Siete Campeones del Cristianismo": San Jorge de Inglaterra, San Andrés de Escocia, San Patricio de Irlanda, San David de Gales, San Dionisio de Francia, Santiago de España y San Antonio de Italia. Nombres de ciudades, pueblos y aldeas; de ríos, de montes, de islas que dan testimonio de la presencia secular del cristiano. Los mismos pasos alpinos de San Bernardo, San Gotardo, San Antón, Heiligeblut,

Passo di Croce, acusan la misma presencia. Sinfonías, Misas, Oratorios, Motetes, Salmos, Salves, Cantatas, Antífonas, Requiems, Tedeums, Stabat Mater, ... Músicos: Bach, Vivaldi, Haendel, Haydn, Pergolesi, Mozart, Beethoven, Schubert, entre otros, han escrito inolvidables composiciones musicales religiosas, cristianas. Y a la arquitectura aún se puede añadir la inmensa imaginaria de escultura y pintura religiosas.

Los considerados "padres de Europa", no la de la Revolución Francesa, sino la del carbón y del acero, en 1950, Schumann, Monnet, Spaak, profundamente cristianos, tomaron como meta los principios de libertad, igualdad y fraternidad o solidaridad, que ya existían antes de ser proclamados por la Revolución Francesa, y vivían en el seno de la común cultura de todos los pueblos europeos. Muchos siglos antes, ya habían sido proclamados esos valores por Jesús de Nazaret y divulgados por sus discípulos, en especial Pablo de Tarso: el amor fraterno, la libertad y la igualdad de todos los humanos están en la base y fundamento de la doctrina cristiana: "la verdad os hará libres", "ya no hay diferencias entre vosotros", "amaos los unos a los otros" ... Pues los precursores de la ciencia moderna fueron los escolásticos; y sus fundadores, buenos cristianos, como Galileo, Descartes, Pascal, Leibniz y Newton. El mismo Kant destaca el papel de la religión al despertar en nosotros el sentido moral. Todavía el Papa Juan Pablo II, ante la reciente tragedia de Osetia del Norte, pedía que la humanidad pueda seguir "la senda de la paz y de la fraternidad". Posiblemente ninguno de ellos sería considerado apto ni alcanzaría los méritos suficientes para ser nombrado hoy miembro de la Comisión Europea.

Para José María Pemán, Europa es: Roma desde Constantino, el Cristianismo, Carlomagno, el Sacro Romano Imperio... Salvador de Madariaga afirma que el Cristianismo es la religión predestinada de Europa: "cristiana en su corazón, es Europa socrática en su cerebro".

José María Gil-Robles, que fue Presidente del Parlamento Europeo desde enero de 1997 hasta julio de 1999, tras recordar la frase del Papa Pío XII que dice que Europa es el conjunto de todos los valores espirituales y civiles acumulados por Occidente,

añade: “El papel del Cristianismo y de la tradición judeocristiana en la introducción y la difusión de esos valores en la sociedad europea es innegable y fue esa visión cristiana la que dio una importancia sin precedentes a la dignidad humana, en razón de su trascendencia espiritual”.

También con relación a los fundamentos de nuestra Europa, el pensador francés Edgar Morin afirma que “la cultura europea, se dice acertadamente, es judeo-cristiana-greco-latina. Las fuentes judías, cristianas, griegas, latinas parecen haber confluído para formar una síntesis armoniosa, que es a la vez el sustrato específico y el común denominador cultural de Europa”. El profesor Rafael Navarro Valls formula esta idea al afirmar que “los europeos pensamos con categorías mentales griegas, los esquemas jurídicos romanos son fundamentales para entender nuestro derecho; pero el sustrato ideológico y ético que empapa el pensamiento y el derecho europeo es, en su base, cristiano”.

Enrique Moreno Báez, Catedrático de Literatura en la Universidad compostelana desde 1954 hasta 1975, ha escrito un libro terminado en 1970, titulado, precisamente, *Los cimientos de Europa*, que publicó la misma Universidad en 1996, y en el que afirma que “Europa es el conjunto de los pueblos que dentro de ella profesan el catolicismo o el protestantismo”. Aunque la Europa geográfica se extiende desde el Atlántico hasta los Urales, la Europa de los humanistas por el contrario, no comprendía Rusia ni los Balcanes, que estaban entonces en poder de los turcos, es decir, aquellos países donde la cultura europea u occidental no es autóctona, sino importada. Hoy Rusia, afirma, tiene menos de común con la Europa de los humanistas que los Estados Unidos o el Canadá, la Argentina o Chile. Y una buena parte del libro está dedicada a la religión, por lo que recuerda “el legado sobrenatural, intelectual y pragmático de Israel, Grecia y Roma”. Considera que ningún aspecto de la cultura europea puede comprenderse prescindiendo de la Iglesia. En su Prólogo, el rector Darío Villanueva recuerda la frase de T. S. Eliot, de que “la fuerza dominante en la creación de una cultura común entre distintos pueblos es la religión”.

José Orlandis, Catedrático de Historia del Derecho, ha publicado en Editorial Rialp, una obra que, precisamente, titula así:

Europa y sus raíces cristianas, en la cual se hace un detenido estudio de la propagación del Cristianismo por Europa, desde el nacimiento de ésta sobre las ruinas del Imperio romano; pasando por la conversión de los bárbaros, directamente o a través del arrianismo; las cristiandades celta y anglosajona y su expansión misionera en Britania Maior, Germania; la de Escandinavia, Rusia y la Europa del Este, hasta la de los Países Bálticos. Para este ilustre historiador del Derecho, “a fines del siglo xiv y al filo ya del siglo xv, puede considerarse que había llegado a su término la milenaria empresa de la conversión de Europa al Cristianismo. El Cristianismo había logrado, por fin, perfilar la identidad europea y conferirla a todos los territorios y pueblos del Continente. Europa, desde su origen, ha tenido como denominador común las raíces cristianas”. Una crónica mozárabe llama “europeenses” a los soldados francos cristianos de Carlos Martel.

El Papa Nicolás I fue el primer Pontífice que, en el año 868, formuló claramente la idea de la “Cristiandad”, como gran comunidad que formaban los pueblos cristianos del Continente, por encima de las fronteras políticas y las divisiones nacionales. El Reino de Hungría, con San Esteban, fue durante muchos siglos, dice Orlandis, “baluarte de la Cristiandad occidental frente al Oriente asiático o islámico”.

En su primera visita a España, el Papa Juan Pablo II había dirigido desde Santiago de Compostela a la vieja Europa un grito lleno de amor: “Vuelve a encontrarte, sé tu misma, descubre tus orígenes, aviva tus raíces ...”. Y el pasado año 2003, el Papa insiste en la necesidad de que la nueva Constitución de la Unión Europea contenga alguna referencia a sus raíces cristianas. Esta propuesta ha sido apoyada por el Partido Popular Europeo y varias personalidades europeas, desde Carlo Ciampi, Presidente de la República Italiana, hasta el de la Generalitat catalana Jordi Pujol, para quien Europa no es un “club cristiano”, pero sí una “sociedad cristiana”. También Gerhard Schröder, quien manifestó “no tener nada en contra de que la Constitución incluya una referencia a Dios”; y en el mismo sentido, Romano Prodi, para el cual “la religión cristiana ha sido una de las raíces esenciales de

Europa, y uno de sus factores de desarrollo". Por su parte, José María Aznar se pregunta "¿qué futuro nos espera a los europeos si renegamos de los valores de nuestro pasado, silenciados en esta Constitución?". También es de la misma opinión Claudio Magris, el autor de "El Danubio" y reciente Premio Príncipe de Asturias de las Letras, 2004, quien ha declarado que "en el Preámbulo de la Constitución se debe respetar el ingente peso del Cristianismo en la cultura de Europa". El filósofo alemán Jürgen Habermas, que se considera a sí mismo ciudadano laico, no católico, también opina que la afirmación de que la cultura europea está profundamente enraizada en el Cristianismo "es un hecho incontestable".

Recientemente, un judío practicante, Joseph H. H. Weiler, catedrático de la New York University, ha dejado escrito que es no ya conveniente, sino necesario fundamentar en el Cristianismo la comunidad ética europea; pues sin tal basamento, añade, Europa será otra cosa: la falta de reconocimiento de las raíces cristianas de Europa no es una muestra de neutralidad, sino de laicismo jacobino; un judío ortodoxo puede pedir a Europa que no tenga miedo de su pasado ni de su identidad cristiana. Y para John Rawls "un ámbito público sin religión resulta tan poco pensable como sin filosofía o sin convicciones morales".

Últimamente se han pronunciado al respecto la Cancillera Angela Merkel, líder de la Unión Cristianodemócrata alemana (CDU), que exhorta "a mantener vivos los valores cristianos en la Unión: una democracia sin raíces cristianas es impensable", y su partido no tiene intenciones de abandonar esa simbólica "C"; y el historiador británico Paul Johnson quien, en una "Tercera" de *ABC*, afirma tajantemente: "Europa no solo ha vuelto la espalda a Estados Unidos y al futuro del capitalismo, sino también a su pasado histórico. Europa fue esencialmente una creación del matrimonio entre la cultura grecorromana y el cristianismo. Bruselas ha repudiado de hecho a ambos. En la malhadada Constitución no se mencionaban los orígenes cristianos de Europa, y el Parlamento Europeo de Estrasburgo ha insistido en que un católico practicante no puede ocupar el cargo de comisario de Justicia de la UE".

El *Camino de Europa* es un vínculo de unión que se formó con las peregrinaciones a Compostela. El mismo Consejo de Europa ha utilizado repetidamente la frase de Goethe: "Europa nació caminando a Compostela". No se sabe qué opinará de esto el trabajo que, sobre el Camino, resulte premiado en el concurso convocado por la Gran Logia de España.

La *Bandera de Europa*, con sus doce estrellas, nada tiene que ver con el número de los países miembros: seis al principio, veinticinco actualmente; y que no se modifica como la norteamericana, incrementándose cada vez que se incorpora un nuevo Estado (la estrella de la bandera cubana tenía previsto este destino). Y en ella quedó la huella de la religiosidad de los padres fundadores. Cuando el Consejo de Europa convocó en 1950 un concurso de ideas para confeccionar la bandera que sirviera de símbolo, fue elegido, entre otros muchos creativos, el proyecto del veterano artista belga Arsene Heitz: doce estrellas sobre fondo azul, inspirándose, según declaración propia a una revista francesa, en la representación tradicional de la corona de la Virgen María, que relata San Juan en el capítulo 12,1 del Apocalipsis. Y así fue adoptada oficialmente por el Consejo de Europa, por unanimidad en 1955, precisamente el 8 de diciembre, fiesta católica de la Inmaculada Concepción. Y, como dice el profesor Manuel Santos, no parece que ser conscientes del origen del círculo de las doce estrellas de la bandera de Europa, la convierta en un símbolo religioso ni mucho menos confesional. Pero tal interpretación que podemos considerar auténtica por proceder de su autor, no fue del agrado de muchas personalidades; y así, Paul M. G. Levy, primer Director del Servicio de Prensa e Información del Consejo de Europa, pretendió explicar a los Estados miembros el sentido de la bandera, interpretando el número de las doce estrellas como "número de plenitud", ya que en aquellas fechas el número de doce no correspondía con los Estados miembros del Consejo de Europa ni con los de la Comunidad Europea.

La historia política del *Himno de Europa* está escrita por el argentino Esteban Buch. El popular y brillante último movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven, que pone música a la "Oda a la alegría", de Schiller, fue designado en 1972 como tal,

—“festivo himno, su cardinal artículo de fe”, decía Emil Ludwig— que asocia a ese cántico a la libertad, a la amistad y a la fe en el hombre, un compromiso político que multiplica sus valores, rebautizando a su autor, de pasada, como “músico europeo oficial”. Beethoven, profundamente religioso, cristiano, había declarado en cierta ocasión: “después de Dios, nada hay para mí tan alto como el honor”. Y otra vez se la oye decir que “nada hay tan sublime como el acercarse más que otros a la Divinidad y derramar desde allí los rayos celestes sobre los humanos”.

En la distribución del tiempo en periodos adaptados a las necesidades de la vida civil y religiosa mediante el calendario, Europa se viene rigiendo por el llamado Gregoriano, que el Papa Gregorio XIII estableció el 15 (en realidad era el 5) de octubre de 1582, atendiendo a una petición del Concilio de Trento, reformando el anterior “Calendario Juliano”, en vigor desde el año 45 d. C., establecido por Julio César. Este Calendario Gregoriano, llamado también *Calendario Cristiano*, fue admitido inmediatamente en España, Portugal e Italia, y algo más tarde, en los demás países católicos; pues en los protestantes se introdujo el 1700 en Alemania, el 1752 en Inglaterra, y el 1753 en Suecia. En Rusia el Calendario Gregoriano sustituyó al Juliano en 1923, si bien por éste se sigue rigiendo la Iglesia Ortodoxa Rusa. Hoy está vigente en casi todo el mundo occidental y en partes de Asia, conviviendo en algunas regiones con los calendarios juliano, judío e islámico. El domingo, “día del Sol”, es convertido por el Emperador Constantino en el principio de la semana cristiana.

El Cristianismo, por medio de su calendario, viene marcando en toda Europa el ritmo del tiempo durante los últimos cuatrocientos años. Y en la misma Historia Universal, el Nacimiento de Cristo marca un “antes” y un “después” en la serie de los siglos.

Y esto sólo, ¿no es suficiente para afirmar el origen cristiano de Europa? Por cierto, la última propuesta para la reforma del calendario vigente, a fin de eliminar las irregularidades que suponen los años bisiestos con la excepción de los que acaban en dos ceros y no son múltiplos de cuatrocientos (años 4000 y 8000), es la del profesor norteamericano Richard Conn Henry, de Física y Astronomía en la Universidad John Hopkins, con semanas de

siete días y meses de 30/31 días, y de cuya fórmula resultaría que todos los años empezarían por domingo; con ello, valdrían los calendarios para siempre, con sólo corregir la cifra del año.

Y aunque no con la simbología cristiana, tenemos la cruz en la primera Organización humanitaria, la Cruz Roja, en cuya bandera figura una cruz roja sobre fondo blanco en homenaje a su fundador e inspirador, Jean Henri Dunant (1828-1910), filántropo suizo. Y es la réplica e inversión de la bandera suiza, adoptada en la Constitución de 1848, único símbolo de la cruz blanca en campo de grana, que agrupa bajo su ejército, sin distinción, súbditos de todos los cantones, partidarios de todas las confesiones e individuos de todos los grupos idiomáticos. La opinión musulmana a la Cruz Roja para imponer su Menguante, ha llevado a la solución de abandonar una y otro, para ser, en el futuro, sustituidos por un Rombo.

La insistente oposición a la proclamación cristiana de los fundamentos de Europa por parte de personalidades francesas, en especial Giscard d'Estaing y Chirac, parece que quiere convencernos de que Europa no existe antes de la Revolución Francesa, que redacta una constitución respetuosa con los derechos humanos inspirados, según el profesor López Quintás, en la regla de los frailes dominicos, y que nace con sus postulados de *Liberté, Egalité, Fraternité (ou la mort)*. Aunque algunos, como Marc Fumaroli, piensan que "la Revolución Francesa era, en el fondo, un episodio jansenista más". Curiosamente, es Francia, "la fille aînée de l'Église", la que más se opone a la mención cristiana en un trabajo de la "Convención", presidida por Giscard; y así llamada igual que otra que tuvo una presencia muy destacada durante la Revolución francesa, y de la que Romme era diputado. Y con ello parece que se quiere fijar el arranque de Europa a partir de la misma Revolución. Aquella Convención, revolucionaria como la de ahora, incluso propuso la reforma mediante un "Nuevo Calendario Revolucionario" para iniciar una "Nueva Era", pues los años comenzarían a contarse desde la proclamación de la República, y el año I empezaría el 22 de septiembre de 1792. Así, el llamado golpe de Estado napoleónico del 18 Brumario corresponde al 9 de noviembre de 1799. La propuesta hecha por

Romme, se pretendía justificar por la necesidad de adaptar la medida del tiempo al sistema métrico decimal: doce meses de tres décadas cada uno; si bien el propio Romme había declarado a Gregoire que su calendario perseguía en todo caso borrar la huella de la influencia del catolicismo, suprimir el domingo, los santos, las iglesias, la religión, el clero, Dios... Este Calendario Revolucionario empezó a aplicarse desde el 24 de noviembre de 1793, hasta que el Senado Imperial restableció el Calendario Gregoriano a partir del 1 de enero de 1806. En 1871 se intentó restablecer la vigencia del Calendario Republicano, que no duró más que unos meses, hasta que fue aplastada la sublevación de la Comuna de París. ¡Mengua duración de un calendario representativo de una nueva era, que ahora se quiere convertir en el origen de Europa! Incluso el propio "Code civil" napoleónico fue pensado para ser el texto legal de la Europa del futuro.

En un gran alarde de ignorancia histórica, se olvida deliberadamente que esos mismos postulados "revolucionarios", arrancan de muchos siglos antes, y constituyen la esencia del cristianismo, real origen y verdadero cimiento de Europa.

Tampoco tuvo suerte el intento de Auguste Comte de introducir el "Calendario Positivista" que en su Prefacio consta la fecha de "25 de Carlomagno 64 = Domingo 11 de julio de 1852", como parte de su Religión de la Humanidad, con trece meses de veintiocho días (dedicados a Moisés, Carlomagno, Gutenberg, Descartes, entre otros); semanas, domingos y días laborables, todos ellos bajo la advocación no de un santo, sino de un patrono, una gran figura de la Humanidad (Ulises, Zoroastro, Hesiodo, Cicerón, Galeno, San Ambrosio, El Cid, Velázquez, Marco Polo, Lope de Vega, Hobbes, Bolívar y Copérnico). Las fiestas se dedican a Arquímedes, Platón, César, Mahoma, Dante, Averroes, Santa Teresa, Cervantes, Colón, Calderón, Cisneros, Campomanes, etc. "¡Qué mescolanza!", exclama Bernardino Montejano.

Un último intento de desbancar el Calendario Gregoriano se debe a una iniciativa del representante permanente de la India ante la FAO, en 1954. Se proponía la sustitución por el llamado "Armonía Universal", conforme al cual no se sabía con seguridad si nos hallábamos en el año 1954, aunque sí se sabía con toda

seguridad que no estábamos en el 1957, ni en el 58 ni en el 59. Se mantenían los doce meses y los cuatro trimestres, de trece semanas y noventa y un días.

La inclusión de la referencia al Cristianismo en el Preámbulo de la Constitución Europea es aceptada por la mayoría de los españoles, y en este sentido se han manifestado expresamente algunos socialistas, como Francisco Vázquez, alcalde de La Coruña, y también los principales dirigentes del Partido Popular. Su no inclusión dejaría complacidos a los franceses, porque su Revolución forma parte, también, de esa "tradición occidental".

Si se prescinde de todo ello, de lo que durante siglos ha significado el Cristianismo, ¿qué queda de Europa? Una cáscara vacía, sin contenido. Por eso la pretensión de la alusión al mismo, en el Preámbulo del texto constitucional, que define un punto de partida, no parece desmedida y a-histórica. Sino todo lo contrario. Desear una Europa laica para el futuro no debe servir de excusa para negar la realidad de una Europa cristiana en el pasado.